

## MUJERES ENFERMERAS

Graciela Hierro

Se puede afirmar que la Enfermería es una profesión que se inicia como una práctica que sigue las reglas del sentido común, producto de la observación y la experiencia, y que las que la ejercen o que reflexionan sobre ella han ido formando lentamente un cuerpo de conocimientos que se ha estructurado y sistematizado en el espacio teórico de las Ciencias de la Salud.

Es la Enfermería una carrera como cualquier otra, sin embargo constituye un tipo especial de ejercicio profesional, en el sentido siguiente: La enfermera "práctica", es decir, la que ha tenido un entrenamiento informal de las técnicas curativas; la enfermera técnica que ha sido instruída formalmente en la escuela o en el hospital; y la licenciada en Enfermería y Obstetricia, todas ellas —nótese que siempre utilizo el género femenino—, social y económicamente son consideradas como trabajadoras o profesionistas de "segunda clase"; es decir, no están a la misma altura, en cuanto a prestigio social y retribución económica que las demás prácticas, técnicas, o licenciaturas, que existen actualmente en nuestro país.

Si nos preguntamos la causa de este estado de cosas la respuesta es obvia: la Enfermería es una práctica, técnica o pro-

fesión femenina; diría yo, el arquetipo o modelo de las tareas y profesiones femeninas. Este hecho obedece a que más del 90% de las enfermeras en el mundo son mujeres, por ello, la profesión se "contamina" con la imagen femenina que siempre es menos valiosa que la imagen masculina en las sociedades patriarcales o machista como las nuestras.

Aristóteles señala que las tareas humanas no son esencialmente unas superiores a las otras; el filósofo griego sostiene que toda tarea o trabajo humano tiene, en sí mismo, igual valor. Lo que hace que una profesión sea considerada superior o inferior es la actitud de la persona que la ejerce —independientemente de la eficiencia con la cual se desempeña—. Así, habla de trabajo de "esclavos" y "trabajo de hombres libres"; el que trabaje "como esclavo" devalúa su tarea, el que la realiza como "hombre libre" la valoriza, independientemente de que barra el piso o realice tareas científicas.

Pienso que la advertencia de Aristóteles puede ser aplicada con provecho a las llamadas profesiones femeninas y para fundamentar esta afirmación utilizaré un ejemplo histórico. Las mujeres tradicionalmente han sido las encargadas de atender los partos, en su tiempo fueron las brujas, las comadronas, las parteras; si bien su práctica era valorada, cuando los hombres invadieron esa profesión, y se convirtieron en parteros, este ejercicio profesional alcanzó una categoría más alta. Al mismo tiempo las antiguas parteras fueron objeto de una difamación sistemática, por parte de los nuevos profesionistas, quienes iniciaron una campaña de desacreditación profesional de las mujeres, dando importancia a prácticas médicas supuestamente más complejas y muchas veces innecesarias;

se inició el uso de "aparatos" como forceps y se prohibió a las mujeres que los utilizaran.

Se podrían ofrecer múltiples ejemplos de este cambio de actitud; los cocineros, los modistos, los peinadores, los decoradores, etcétera, generalmente tienen una consideración social y una retribución económica más alta que las mujeres que desempeñan estos mismos trabajos —independientemente de la eficiencia con que los realicen—. Se valoran más alto porque la actitud de los que las ejercen si no es la de un "hombre libre", sí la de un hombre.

En la sociedad actual las mujeres son consideradas inferiores, la condición femenina ha sido de opresión. Preguntémos: ¿qué significa ser "oprimido"? : El diccionario señala que el oprimido es aquél al cuál: "se le niega el valor correspondiente para otorgarle un trato igualitario", por tanto, se le considera inferior independientemente de la excelencia con la que realice sus actividades.

En este artículo pretendo mostrar, primero, que la condición femenina de opresión y por tanto de inferioridad, no obedece a un rasgo esencial de las mujeres que no pueda ser superado sino que, por el contrario, nuestra pretendida inferioridad es fruto del condicionamiento social en las sociedades patriarcales. En segundo lugar que esta condición puede ser superada por nosotras las mujeres, y en esa medida, nuestro trabajo podrá alcanzar el valor social y la retribución económica que le corresponda; con el mismo "status" de igualdad que cualquier otra profesión supone, independientemente del sexo de la persona que lo desempeña. La Enfermería, y todas las profesiones llamadas femeninas dejarán de ser consideradas profesiones subalternas. En tercer lugar, las muje-

res que las ejercen serán en verdad, "personas mayores", es decir, podrán alcanzar la madurez de carácter y de conocimientos que trae consigo el desarrollo autónomo de la propia capacidad. Pienso que la obligación política de las mujeres de nuestro tiempo es alcanzar el nivel de excelencia que a cada una nos corresponde, al desarrollar nuestra propia capacidad y ejercerla en la solidaridad con todos; creo que ésta es la contribución femenina al cambio de las estructuras y las instituciones patriarcales que oprimen a la mitad de la humanidad: las mujeres. Por último, pienso que al superar esta injusticia se mejora no sólo la condición femenina, sino también la condición humana.

Comenzaré por señalar brevemente los rasgos negativos que adquieren las profesiones de las mujeres en las sociedades patriarcales. Conviene aclarar de antemano, que al parecer, no ha existido históricamente otro tipo de sociedades. Las organizaciones socio-políticas llamadas "matriarcales" corresponden únicamente a la necesidad de identificación del linaje por herencia materna, no al hecho de que en esas sociedades las mujeres constituyan la autoridad sobre los hombres. Se denominan matrilineales o matrilocales, porque el esposo habita en el clan de la esposa, pero en todos los casos el poder se ejerce por los hombres del clan respectivo.

En seguida haré un breve comentario acerca de lo que es el patriarcado y sus consecuencias sobre la condición femenina. Para terminar, hablaré brevemente de la pretendida "naturaleza femenina" y cerraré mi exposición con la propuesta de una ideología feminista que sostiene la necesidad de contribuir a la revolución de la vida cotidiana, punto de arranque de la formación de identidad femenina valiosa y de mayor justicia social.

Lo anterior se logra, si nos unimos las mujeres en una lucha común de superación y esfuerzo personal, puesto que las actitudes y las costumbres sólo se modifican o se conforman mediante un cuestionamiento conjunto de las actitudes y conductas dentro de una práctica continuada. En el caso específico de las enfermeras, creo que la superación de la opresión se propicia en función de dos circunstancias: primero, revolucionando la formación académica y práctica que recibe la enfermera y en segundo lugar, conformando una organización de las trabajadoras de la salud, que no estratifique las relaciones de poder, sino que, por el contrario refuerce el sentido de solidaridad femenina de todo el gremio y del sentido social de su trabajo.\*

### 1. El trabajo femenino en las sociedades patriarcales

Se dice que la carrera de Enfermería es una profesión típicamente femenina, por ello se desea significar que ese trabajo se considera como extensión de las funciones femeninas tradicionales: ama de casa, esposa y madre. En efecto, la enfermera organiza, sirve, consuela y alivia a los pacientes; tal como las mujeres atienden a los rituales de su familia, preparan y ofrecen los alimentos, acarician a sus hijos y esposo y remedian el sufrimiento de toda la familia. Resulta evidente que la división sexual del trabajo (tareas femeninas y tareas masculinas) que impera en el hogar, sigue reproduciéndose fielmente en las instituciones de salud.

Por esa razón, para comprender lo que significa ser enfermera es necesario investigar lo que es ser mujer en una sociedad patriarcal o machista como la nuestra. Como dijimos, to-

\* Cfr. Artículo de Ma. Teresa Mac Dermitt en esta Antología.

das las sociedades actuales son patriarcales, independientemente del régimen político y económico que tengan, sea éste socialista o capitalista. Este hecho se debe a que en estas organizaciones sociales la hegemonía y la organización toda obedece al interés masculino. Para entender mejor esta situación consideremos brevemente la historia del Patriarcado: En sus inicios históricos significó el poder del padre sobre la vida y la propiedad de la familia; esta palabra, 'familia' fue usada por el Derecho Romano para llamar a la unidad social básica: esposa, hijos y esclavos. El nombre 'familia' fue tomado de 'famulus' que significa criado-esclavo doméstico, y la "familia" era el total de esclavos pertenecientes a un solo "patriarca". La familia llamada "nuclear" (padre, madre e hijos) surge hasta el siglo XIV y trae consigo la exclusión de los no consanguíneos. La familia nuclear actual conserva los rasgos patriarcales de la familia primitiva: el mando del padre es absoluto, la madre constituye la autoridad doméstica, pero cede su lugar al padre cuando éste lo requiere. Las hijas solteras siempre permanecen bajo la tutela familiar. Las casadas en menor grado después del matrimonio. Los hijos hombres se independizan de la tutela paterna a la mayoría de edad. Aunque la madre tenga un trabajo productivo fuera del hogar, el aporte económico del padre generalmente es mayor, lo cual garantiza a éste el control familiar. La tarea doméstica recae sobre la madre y las demás mujeres de la familia, esta tarea no origina valor económico, por tanto no se considera como un trabajo. El cuidado de los hijos recae totalmente sobre los hombros de la madre. Esta circunstancia hace que, en muchos casos, la mujer se ve imposibilitada para seguir con su trabajo productivo fuera del hogar, y a medida que aumenta el número de hijos se ve constreñida a limitarse al trabajo doméstico, porque la doble tarea: doméstica y fuera del hogar, es imposible realizar.

En frecuentes ocasiones la mujer sostiene su familia y des-

empeña las tareas domésticas, con el consiguiente desgaste físico y psicológico. Esta circunstancia hace que, en el caso de la enfermera —por ejemplo—, se vea en la necesidad de sacrificar su carrera, porque ha internalizado, desde la más tierna infancia que ella es la única encargada de la tarea doméstica, y que los hijos son responsabilidad exclusiva de las mujeres. Nunca aprende a delegar responsabilidades hogareñas, cuando puede hacerlo; si lo hace, le es difícil escapar al sentido de culpa —reforzado por sus familiares y colegas—, al no cumplir sus "obligaciones" femeninas. Esta circunstancia hace que muchas veces pierda eficiencia en su trabajo, y que soporte sobre sus hombros una carga desmedida, agobiada además por los sentimientos de culpa que disminuyen su auto-estima.

Se sabe que las actitudes o "maneras de ser" se adquieren a través de la formación de roles o papeles que se aprenden en el hogar, en el seno de la familia, que consisten en la posesión de ciertos rasgos de carácter, conocimientos y habilidades consideradas femeninas o masculinas. Son los caracteres sexuales que conforman la personalidad de niños y niñas, a través de la realización de los dos estereotipos: "femenino" que significa siempre inferior y "masculino" superior.

En ese sentido se dirige la educación informal y formal a conformar el carácter de los niños hombres hacia la agresividad, la competitividad, el mando y la eficiencia, que son las actitudes apropiadas para vivir y triunfar en el "mundo de los hombres" que es el universo de "afuera". La suavidad, la obediencia, la paciencia, la emotividad y la ineficiencia son los rasgos de carácter que se fomentan en las niñas, puesto que éstas son las actitudes propias del que vive en el universo de "dentro" que es el mundo femenino. En suma, la familia patriarcal impone los roles sexuales a través de la educa-

ción que determina el código de conducta para cada uno de los miembros de la familia: Siempre de autoridad y superioridad para los hombres y de sumisión e inferioridad para las mujeres.

Es por ello que la enfermera lleva al mundo profesional de la salud, lo que se espera de ella, las actitudes aprendidas en el seno de su familia; hace lo que debe hacer una mujer; sabe lo que se supone que conoce una mujer; y se somete a la autoridad masculina tal como lo aprendió en el hogar. Su virtud máxima, que la hace considerarse realizada como mujer profesional es: la obediencia al mandato patriarcal.

Resulta evidente que las relaciones familiares que hemos esquematizado, constituyen el prototipo de las relaciones de poder que existen en las instituciones sociales y en el Estado. La escuela, la clínica, el hospital y todos los espacios donde trabaja y se desenvuelve la enfermera, reproducen las jerarquías que existen en la familia.

PODER

A continuación examinaremos la explicación que tradicionalmente se pretende dar a este estado de cosas, que se quiere ver como "lo natural", que no es otra cosa que una interpretación ideológica de la naturaleza, de acuerdo con los intereses de los hombres que poseen el poder y que dictaminan lo que debe entenderse por "lo natural para las mujeres".

## 2. La condición femenina

Se dice que hay una "naturaleza femenina", es decir un ser "esencial" de las mujeres insuperable e insalvable, producto —al parecer— de la naturaleza. Freud habla de que: "Sexo es destino". Sin embargo, a partir de los estudios fe-

ministas, que inaugura Simone de Beauvoir en su famoso libro **El Segundo Sexo**.<sup>1</sup> sabemos las mujeres la incongruencia que significa en primer lugar, plantear la existencia de dos naturalezas, una para cada sexo que, de ser "natural" no podría ser superada; si así fuera todas las mujeres estaríamos condenadas a ser: suaves, pacientes, ineficientes y sumisas, es decir: inferiores. Históricamente se ha visto que, en la medida en que las mujeres toman su vida en sus manos, se repite el fenómeno de las mujeres "excepcionales", aquéllas que poseen igual capacidad que los hombres. Al parecer entonces dejó de existir "el eterno femenino" presentado como una forma única del ser mujer. El vocablo "naturaleza" entendido como una forma de ser insalvable, —para hombres y mujeres— ha caído en desuso. Marx señala que: la naturaleza del ser humano es precisamente no tener naturaleza, es decir, el género humano es capaz de trascender —ir más allá— de los rasgos de su especie biológica. Sabemos, a través de los estudios marxistas, que las condiciones sociales y los requerimientos culturales determinan en gran medida el ser y el valer de las personas.

Federico Engels en su libro: **La familia, la propiedad privada y el Estado**,<sup>2</sup> estudia cómo surgió históricamente la primera división del trabajo, en función del sexo, cuando el poder obligó a las mujeres a que se dedicaran a la procreación y los hombres a la producción. Posteriormente esta división del trabajo —por sexos— se presentó como: "Lo natural"

La división sexual del trabajo obedece a distintos factores, entre éstos están las necesidades de la vida sedentaria, que

1. Beauvoir, Simon. **El segundo sexo**. Ed. Gallimard, París, 1974. (Existe traducción al castellano).
2. Engels, Federico. **La familia, la propiedad privada y el Estado**. Ed. Progreso. Moscú, s/f.

hicieron que la mitad de la humanidad se dedicara al que he llamado: "mundo de dentro", es decir a la procreación y a la responsabilidad exclusiva de la producción doméstica. La otra mitad, los hombres, salieron al "mundo de afuera", a conquistar la naturaleza y a transformarla de acuerdo con los fines que se plantearon, y fueron ellos los que adquirieron el mayor reconocimiento social y económico. Se profundizó la división sexual del trabajo —entre lo público y lo privado— con la revolución industrial en el siglo XVIII cuando la producción de alimentos, utensilios y vestimenta se comenzó a manufacturar fuera del hogar. Las mujeres, dedicadas a la perpetuación de la especie y la tarea doméstica no pudieron desarrollar sus capacidades en cuanto a autonomía moral e intelectual; se les prohibió disponer de su cuerpo y de los productos de éste: los hijos. De igual forma, se les negó la posibilidad de llevar a cabo otros proyectos de vida que entraran en contradicción con la tarea que les asignó la cultura. Desde la primera infancia se condicionó a las mujeres a realizar el INTERES de los otros, nunca el suyo propio. Es por ello que desde la primera socialización en el hogar, hasta la "educación" formal en la escuela, se enseña a todas las mujeres a vivir y actuar como mujeres, es decir, a ser OBEDIENTES, y es precisamente en esta obediencia incondicional que se centra gran parte del pretendido valor de la personalidad femenina. Así, la hija obedece al padre aunque sus mandatos no sean debidos, la enfermera obedece al médico aunque sus indicaciones no sean convenientes; las mujeres aprendieron a no cuestionar la autoridad masculina, simplemente la aceptan por su condición de inferioridad femenina. Por ello, Simone de Beauvoir afirma que: "No se nace mujer, uno se vuelve mujer".

También la revolución industrial ya en el siglo XIX, aca-

reó otras consecuencias para la condición femenina. Un número cada vez mayor de mujeres, en todo el mundo, ingresó a las filas del trabajo fuera del hogar y esto trajo consigo el cuestionamiento y la no aceptación de las mujeres de su papel subalterno en la jerarquía social.

Si bien nos son familiares los nombres de las mujeres que, individualmente, se han enfrentado al poder patriarcal —Juana de Asbaje, por ejemplo, en nuestro país—; es hasta el siglo XIX que comienza a vislumbrarse un movimiento de mujeres que intentan superar la condición femenina de opresión y descubrir e imponer los intereses femeninos, tal como los han ido creando y entendiendo las propias mujeres. Esta es la lucha contra el "paternalismo" que supone que "otros" aún mejor que nosotras mismas, conocen lo que más nos conviene.

En la historia individual, la rebeldía femenina se inicia generalmente en el momento en que la joven o la mujer madura de cualquier estrato social, toma conciencia de su condición de opresión y comienza a cuestionar la autoridad de los hombres. Entonces deja el mundo cerrado de la familia y se atreve a enfrentarse al mundo de afuera. Aprende, por experiencia dolorosa, que se arriesga a los castigos que trae consigo la violación de la regla de la obediencia, que pueden ser, desde la pérdida del afecto familiar hasta la imposibilidad de encontrar marido que la mantenga. Sabe que su rebeldía incluso puede resultar en la pérdida del destino social que le ha sido asignado: la maternidad. Para las rebeldes, también surge la figura amenazante de la prostituta, aquella que se atreve a disponer de su cuerpo sin fines procreativos, y que lo utiliza —abiertamente— para recibir una recompensa económica, intento que la esposa encubre con la certificación matrimonial.

La amenaza también la histeria, la locura y la violencia de todo tipo —como a todos los disidentes—, a la mujer que intenta oponerse a las formas múltiples que encarna el poder patriarcal.

La historia de las mujeres está siendo escrita por las mismas mujeres. Conocemos ya la suerte de las primeras mujeres rebeldes que se unieron contra el poder feudal: Las brujas del Medioevo que murieron quemadas en la hoguera. Sabemos la historia de las "sufragistas" inglesas y norteamericanas que buscaban la igualdad política y que fueron golpeadas, escarnecidas y ridiculizadas. La suya fue una lucha por la igualdad, que no se consideró valiosa, precisamente por el hecho de ser de mujeres; cuando que todos los movimientos igualitarios han merecido el apoyo y el respeto social (esclavos, minorías étnicas). No así la lucha femenina cuando se enfrenta a la discriminación política. Ahora somos las feministas las que luchamos por cambiar la ideología patriarcal y estamos iniciando la revolución de la vida cotidiana que es la condición de posibilidad de adquirir una identidad feminista valiosa, de acuerdo con nuestros intereses femeninos, de contribuir al mejoramiento social y a la solidaridad de las mujeres.

### 3. La revolución de la vida cotidiana<sup>3</sup>

La entiendo como el resultado de la creación de nuevas formas de vida para las mujeres, de formas alternativas de diálogo y de formas de relación nuevas entre mujeres y hombres. Todo ello resultado del descubrimiento conjunto de los intereses femeninos tal como los entienden las propias mujeres. Se propicia con este movimiento la realización de un cambio

3. Heller, Agnes. *La revolución de la vida cotidiana*. Ed. materiales, S. A. de Estudios y Publicaciones. Barcelona, 1979.

de vida que transforme el mundo, primero en lo cotidiano, en las actividades de todos los días, y que esta transformación doméstica alcance dimensiones políticas.

Se habla de la vida cotidiana como de todo el conjunto de actividades que realizan hombres y mujeres para garantizar la producción y la reproducción, tanto del ser individual, como de la especie. Como son por ejemplo, la satisfacción de las necesidades primarias de alimentación, vestido y protección frente al medio ambiente; todas las tareas que garantizan las posibilidades de relación interpersonal de afecto, de diversión, de ocio y de todo aquello que constituye el valor de la vida humana.

Pienso que resulta necesario reflexionar sobre nuestra existencia en la dimensión diaria porque, en la vida cotidiana, consideramos nuestro ambiente como algo "dado", ya hecho, tan natural como tener un sexo, haber nacido en un país, hablar una lengua y tener una religión. En la vida diaria la persona se apropia, al parecer espontáneamente, del sistema de hábitos que conforman su personalidad; aprende todas las técnicas que requiere su cultura y que caracterizan el papel o rol femenino o masculino que a cada cual le ha tocado desempeñar en su mundo. El comportamiento resultante es "pragmático" —es decir— lo fundamental consiste en realizar las actividades que garantizan el éxito en determinada actividad; y en esa forma, los criterios que se utilizan para vivir adecuadamente se reducen a obedecer la suma de opiniones recibidas acerca del rol vivido, femenino o masculino, que no se cuestionan. Se trata de vivir "como todo el mundo" y ser "como todo el mundo" sin intentar integrar estas distintas actividades y maneras de ser cotidianas, a la praxis humana total, para alcanzar un sentido de vida libremente elegido.

En contraposición a lo anterior, la revolución de la vida cotidiana se esfuerza en poner en cuestión lo natural cotidiano, surge como producto de la reflexión sobre nuestras actividades de todos los días e intenta conferirles una nueva dirección, un nuevo sentido más acorde con nuestro sistema de valores, elegido a partir de la propia individualidad y de las necesidades sociales. Esta revolución cultural requiere del apoyo de otras mujeres, es difícil, si no imposible, llevarla a cabo en la soledad y se logra sólo a través de la formación de grupos de mujeres que discuten sus problemas entre sí.

Se dice que alguien es individuo, cuando para la persona en cuestión su propia vida pasa a convertirse en objeto de su reflexión. Es el momento a partir del cual, cualquier actividad que realiza en su vida cotidiana es criticada, cuestionada y analizada. Es cuando se intenta encontrar el sentido de las actividades dentro del marco total de la existencia y en consecuencia supone el abandono de la actitud que considera lo que hace como "lo natural", en virtud de criterios obsoletos, tales como lo que se espera de una persona dado su sexo, su edad, su condición socio-económica o su estado civil. La revolución de la vida cotidiana forma mujeres que trascienden su sexo biológico y que se proponen alcanzar su propia individualidad y decidir la forma y el sentido de su contribución social.

Pienso que la revolución de la vida cotidiana tiene como punto de partida la nueva actitud feminista de las mujeres hacia sí mismas y frente a las demás mujeres, en relación al trabajo que desempeñan, sea el remunerado en el mundo de afuera, como el de las tareas domésticas. Adivino que ya se está forjando la identidad de la mujer nueva; cuya actividad la convierte en individuo que toma su vida en su manos, y

que construye su propia e irreplicable personalidad como mujer, que valora su contribución a la vida social más allá de las funciones de hija, esposa y madre.

Conozco ya mujeres capaces de conducir su propia vida de acuerdo con sus intereses personales y las necesidades sociales; mujeres que a través del abandono de los viejos patrones de vida, que han heredado de madres y abuelas, se atreven a crear nuevas formas de vida que heredan a sus hijas. Mujeres que no se ajustan a un solo modelo, por el contrario, ofrecen infinidad de posibilidades. Parafraseando a la poeta Emily Dickinson, mujeres que se atreven a "vivir en voz alta".

Las mujeres enfermeras, como el grupo cada vez más numeroso de mujeres que trabajan fuera de su hogar —cualesquiera que sea su ocupación y la remuneración económica que reciban— han sufrido ya cambios importantes dentro de su vida cotidiana. El hecho de tener un empleo remunerado, en el cual se desempeñan de acuerdo con su capacidad y esfuerzo personal, hace que paulatinamente comiencen a abandonar las actividades femeninas tradicionales que ya no resultan apropiadas en el campo laboral. La suavidad, la obediencia, no cuestionada, la paciencia y la ineficiencia, que han sido los rasgos femeninos tradicionales, no resultan fecundos para los nuevos campos de acción de las mujeres trabajadoras. Existe la evidencia del abandono paulatino de esos patrones de conducta y el descubrimiento y creación de formas nuevas de ser mujer que se hacen evidentes en los lugares de trabajo, y que comienzan a aparecer en los otros lugares y aspectos de su vida cotidiana. Por ejemplo, vemos que, cada vez de manera más constante, las mujeres enfermeras cuestionan la doble tarea que desempeñan todas las mujeres que trabajan. Muchas de ellas han dejado de sentir "natural" el hecho de que la tarea doméstica deba ser desempeñada sólo por ellas.



Comienzan a rechazar el criterio sexual que determina que, el cuidado infantil —por el hecho de ser mujeres— toque a ellas realizar exclusivamente y ya en muchos casos comienzan a pensar y a exigir el uso de criterios distintos al sexual, para la satisfacción de las necesidades que constituyen la vida cotidiana. Ahora ya se toma en consideración, la disponibilidad de tiempo del hombre y la mujer que constituyen la pareja, para la distribución de las tareas domésticas. Se reconocen las preferencias de uno y otro así como las aptitudes para el desempeño de las tareas, antes sólo adjudicadas en función del sexo. Por último, la vieja división del trabajo por sexos, de que nos habla Engels, comienza a perder sus perfiles tajantes aún en las profesiones típicamente femeninas como la Enfermería. Se avizora ya el momento en el cual las relaciones entre los sexos, en el amor, en el trabajo y en la vida pública, alcanzan una dimensión más igualitaria en función de criterios como la capacidad, la preparación intelectual y el empeño, valores todos que rebasan las fronteras del sexo.

Sí, lo que he argumentado en este trabajo constituye un desafío al orden social masculino. Contiene la esperanza de que los valores humanos que tradicionalmente han sido confiados a las mujeres para el cuidado de la familia, se proyecten a la vida social, trasciendan el ámbito de lo privado y se conviertan en principios organizativos de lo público. En suma, la utopía que avizoro incita a las mujeres a luchar para que la sociedad se organice en torno a los intereses humanos, no ya a los masculinos patriarcales y, ¿por qué no? ésta es la misión histórica de las mujeres de nuestro tiempo.

## GUIA DE DISCUSION DEL ARTICULO "MUJERES ENFERMERAS"

1. ¿Cuáles son los rasgos de las profesiones femeninas y por qué esos?  
Den ejemplos de profesiones femeninas y verifiquen si poseen estos rasgos.
2. ¿Qué entienden por Feminismo?  
¿Piensan que en verdad es un movimiento liberador?  
De ser así, ¿por qué muchas mujeres no desean ser liberadas?
3. ¿Puede hablarse en la actualidad de la educación de las mujeres?  
Si contesta afirmativamente ¿en qué consiste ésta?
4. ¿Cómo pueden las mujeres lograr la revolución de la vida cotidiana?  
¿Qué rasgos tendría esa nueva vida para las mujeres y sus familias?

## LA UNICA MUJER

La única mujer que puede ser  
es la que sabe que el sol para su vida empieza ahora.

La que no derrama lágrimas sino dardos para  
sembrar la alambrada de su territorio.

La que no comete ruegos,  
la que opina y levanta su cabeza y agita su cuerpo  
y es tierna sin vergüenza y dura sin odios.

La que desaprende el alfabeto de la sumisión  
y camina erguida.

La que no le teme a la soledad, porque siempre ha estado sola.  
La que deja pasar los alaridos grotescos de la violencia,

y la ejecuta con gracia.  
La que se libera en el amor pleno.  
La que ama.

La única mujer que puede ser la única,  
es la que dolorida y limpia decide por sí misma  
salir de su prehistoria.

Bertalicia Peralta.

## IDEOLOGIA DE LA ENFERMERIA

Isabel Hernández Tezoquipa

¿Qué encierra y esconde el discurso oficial dirigido a las enfermeras en el "día" que las jerarquías les han dedicado? Este trabajo pretende desenmascarar el dispositivo de control que dispara el poder que crea la ideología de la Enfermería en México, expresada precisamente el 6 de enero: "día de la Enfermera"

Hemos revisado cuidadosamente la prensa nacional, leyendo los discursos que nos han sido dedicados, a partir de 1939 a la fecha. Esta lectura la llevamos a cabo utilizando una metodología científica y un objetivo preciso. Nos apoyamos en el análisis sociológico marxista y el propósito que nos guía persigue un objetivo feminista: concientizar a las enfermeras acerca de la manipulación ideológica a que han sido sujetas y que se hace patente en el discurso oficial.

Hemos descubierto que la ideología de la Enfermería ofrece múltiples puntos de interés. Se relaciona con los arquetipos femeninos tradicionales por ejemplo, los maternales de abnegación y sacrificio. También se ve afectada por los determinantes de la clase social. Asimismo, codifica las características del servicio de las enfermeras —comentaremos esto brevemente a continuación— y por último, se relaciona con el uso social que se hace de la salud.

Por otra parte, en el campo de la Sociología de la educa-